

AMORÓS RUIZ, Victoria

El Tolmo de Minateda en la Alta Edad Media. Cerámica y contexto.

Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante, 2018, 416 pp. ISBN 978-84-9717-635-4.

Esta obra remata de forma brillante una serie de trabajos publicados anteriormente sobre la estratigrafía y el registro cerámico de El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete). Pero no es solo un trabajo más, o el más reciente de una serie. El volumen de documentación y material al que se ha enfrentado la autora es extraordinario. Más de un millón de fragmentos cerámicos, por ejemplo, reducidos a 68 mil individuos en el inventario. El producto de más de un cuarto de siglo de trabajos, de 24 campañas de excavación, de la labor acumulada de un numeroso equipo. Solamente el hecho de haber llevado a buen puerto un proyecto que involucra tales cifras es de por sí un rotundo triunfo. La tarea ha sido desarrollada con un rigor y meticulosidad que testimonian además el aprecio volcado en el desempeño profesional por sus responsables.

La monografía se divide en ocho apartados. El primero ofrece una sintética, pero exhaustiva, contextualización del sitio arqueológico, su historia, la de las investigaciones y la información más destacable y actualizada que le concierne, incluyendo su interpretación. El segundo atañe a la metodología, los procedimientos de registro y los criterios de estudio, tecnológicos y morfotológicos, incluyendo la descripción de las pastas cerámicas. El tercero se ocupa de los contextos estratigráficos y la interpretación de la secuencia. Los tres siguientes (sistematización, producciones de ámbito mediterráneo, vidriados) son el núcleo duro del trabajo, y merecerán luego comentarios

adicionales. El séptimo apartado (modos de producción) concierne a los escenarios de fabricación de la vajilla consumida en el sitio. Los resultados del análisis permiten constatar la amplia red comercial y de intercambios en la que estaba inserta una capital provincial durante la Alta Edad Media. El octavo y último apartado ofrece una síntesis del desarrollo de la ocupación del yacimiento en las seis fases en que se ha dividido la secuencia y unas breves conclusiones. La obra se cierra con una sección bibliográfica exhaustiva y actualizada.

Debe valorarse muy especialmente en este trabajo la insistencia en la estandarización de procedimientos a la hora de presentar y analizar los datos. El objetivo último es compartir la información de manera que sea útil a otros investigadores. Discriminar entre cacharros rotos con medio siglo de margen de error es un logro que no solamente apreciarán algunos especialistas y ceramólogos. Hace solo treinta años, no era raro fechar la vajilla de este periodo con tres o cuatro siglos de holgura. Otro aspecto no menos relevante del trabajo es el poder determinar, a partir exclusivamente del análisis de la vajilla, que el lugar permaneció deshabitado entre los siglos III y IV de la Era. No hay ruido de fondo cerámico para ese periodo, a pesar de la cantidad de monedas de bronce acuñadas en ese mismo tramo. Ahora se sabe que esas piezas fueron usadas asiduamente bastante tiempo más tarde, tal y como en otros trabajos del equipo científico del yacimiento se ha argumentado en detalle. Esta clase de aparentes contradicciones en el registro material son causa todavía de no pocos malentendidos en la valoración de las secuencias de ocupación de otros sitios.

Regresando al contenido de la obra, el apartado IV (sistematización) supone un tercio del total de la misma: 135 páginas

en las que se ofrece un catálogo de todas las formas cerámicas de acuerdo a los grupos y tipos definidos en 1996 por Gutiérrez Lloret. Se detalla la posición de cada hallazgo en la estratigrafía, y se recogen los datos actualizados al respecto de las novedades sobrevenidas, por ejemplo, en lo que respecta a los curiosos jarros con pitorro y tapadera articulada. El apartado V (producciones de ámbito mediterráneo) aborda el estudio de las ánforas de acuerdo con su procedencia (Hispania, Mediterráneo oriental, norte de África), la vajilla de cocina importada y dos producciones específicas del servicio de mesa generosamente documentadas en el sitio: la TSHTM (*terra sigilata hispánica meridional*) y la TSAD (*terra sigilata africana tipo D*). El apartado VI (vidriados) detalla los hallazgos proporcionados por el yacimiento y compendia los trabajos más recientes acerca de la difusión de esta técnica y su llegada a tierras peninsulares.

En el haber del volumen se encuentra una parte gráfica cuidada y atractiva, con vocación de hacer entendible la compleja estratigrafía del yacimiento. Es también elogiable la forma de resolver una dificultad no menor: abordar, ya bien entrado el siglo XXI, un sistema de catálogo de materiales originado a finales de los años ochenta. En el debe correspondiente, algunos errores ortográficos, gramaticales o de sintaxis subsanables con una revisión editorial atenta. El reducido tamaño de algunas fotografías, por otra parte, puede provocar cierta frustración en el lector interesado en los detalles.

Con un enfoque más discrecional, nos detendremos muy brevemente en tres aspectos del volumen que han llamado nuestra atención.

En primer lugar, el debate acerca de la identificación del sitio con la sede de Eio ocupa un único y breve párrafo (p. 32), en el

que se expone la ya asentada argumentación del equipo responsable del proyecto. Esta podría haber sido tal vez una buena ocasión para ofrecer un estado de la cuestión sobre el mismo, exponer de forma desapasionada las posturas defendidas por otros investigadores y poner al alcance del lector las dudas y las certezas. Un segundo aspecto es la controvertida datación propuesta para la vajilla denominada TSHTM. Se sugiere en la obra que los hallazgos de esta clase cerámica en El Tolmo atestiguan su uso continuado durante todo el siglo VI e incluso inicios del VII. Sin embargo, ¿no sería razonable que se aplicaran a la TSHTM los mismos criterios que reciben las producciones de vajilla africana de la quinta centuria? O bien ambos tipos de vajilla gozan de una vida útil extraordinariamente dilatada, o debería aceptarse la probable naturaleza residual de las dos en contextos fechados con posterioridad al 550. Y finalmente, una tercera cuestión. Dos puntos de la secuencia, concernientes a la cronología de la muralla y la de la construcción de la basílica, siguen parcialmente en sombra en el punto al que ha llegado el proyecto. Los datos permiten confirmar que la muralla más reciente, en la zona de El Reguerón, estaba en uso a finales del siglo VI, pero no cuándo se construyó. Determinar que se trata de una obra de la segunda mitad del VI a la vista de la precariedad de esos datos tal vez sea un riesgo asumible. Por lo que respecta a la basílica con baptisterio y sus anejos (el denominado complejo episcopal), se reconoce que son proyectos de distintos momentos finalmente ensamblados en uno. La parte más moderna podría remontarse a fines del VI o inicios del VII, tal vez cuando el sitio adquiere categoría episcopal. No se descartan modificaciones puntuales durante la segunda mitad del VII. Proyectos urbanísticos de esta envergadura pueden haber

barrido cualquier rastro de las edificaciones existentes en el lugar con anterioridad. Así las cosas, no solo sigue siendo difícil determinar el origen de algunos edificios, sino reconocer los vestigios supervivientes de aquellos anteriores que resultaron amortizados. Las secuencias arqueológicas alternan fases que incluyen una enorme densidad de datos acumulados con otras vacías o, mejor dicho, borradas por actividades ulteriores. El Tolmo ofrece un notable ejemplo de esta situación de contrastes. Un asentamiento con las condiciones que presenta El Tolmo bien pudo haber tenido una iglesia y estar amurallado con anterioridad, durante los siglos v y vi. A falta de evidencias estructurales conservadas, tal vez debería valorarse si los materiales (residuales o no) asignados a esas fechas son compatibles con las pautas de consumo de un lugar central a una escala mayor que la local. Los ingredientes para efectuar los análisis comparativos pertinentes con otros yacimientos están ya encima de la mesa en lo que a El Tolmo se refiere.

La rigurosa monografía de la Dra. Amorós está destinada a convertirse en una obra de referencia para todos aquellos estudiosos de la cerámica de este periodo, pero también para quienes con los datos de otros yacimientos excavados aspiren a llevar a cabo un proyecto similar. Parafraseando el lema del proyecto de investigación en el que se gestó, podría decirse que con la edición de esta obra, todo debería estar ya en su sitio.

Como se admite en su prólogo, se ganó una lucha incierta «contra un ejército hostil de 68.177 individuos cerámicos». El hecho de entablar esa batalla tenía su épica, así que poder contarla (para compartirla) sin duda tiene que haber sido satisfactorio. Para terminar con un símil parejo al usado en el volumen, también podríamos decir, como el teniente coronel Bill Kilgore desde una playa vietnamita, que «esa colina [la de El Tolmo] huele... a victoria».

Alfonso Vigil-Escalera Guirado